

Ramón Teja

**EL CRISTIANISMO PRIMITIVO
EN LA SOCIEDAD ROMANA**

Ediciones Istmo



Colección
La Historia en sus textos

Introducción general

La historia del cristianismo antiguo es inseparable de la historia del Imperio Romano, no sólo porque los primeros cuatro siglos de su existencia se desarrollan en el marco político de aquél, sino porque en cuanto fenómeno religioso es un producto característico del ambiente social, espiritual y religioso que caracteriza al Imperio Romano. Si se tiene en cuenta que el cristianismo ha configurado, como uno de sus elementos más definitorios, junto al pensamiento griego y al derecho romano a los que, por otra parte, integró y asumió, lo que se acostumbra a denominar la «cultura occidental» se explica que pueda considerársele como el principal legado de Roma que todavía pervive en el mundo moderno. Por ello podemos afirmar que todos los que vivimos inmersos en la cultura occidental, somos cristianos, al margen de las creencias religiosas de cada uno. Pues el cristianismo ha sido a lo largo de sus dos mil años de historia, no sólo una religión, sino una manera de concebir el mundo y la sociedad. Se comprende así la importancia que tiene el conocer los orígenes del cristianismo y de la institución que lo encarna, la Iglesia, en el marco de la historia del Imperio Romano de la que constituye un capítulo de excepcional importancia.

1. El fundador

El fundador del cristianismo, Jesús de Nazareth, fue un judío nacido poco antes de la muerte del rey Herodes, que tuvo lugar el año 4 antes de nuestra era. Toda su vida se desarrolló en una época políticamente turbulenta en que la historia de Palestina se ve condicio-

nada por su estado de dependencia y sumisión a Roma. Los hechos más importantes de su vida, y en especial su muerte, y otros acontecimientos decisivos de la historia de los primeros años del cristianismo están estrechamente relacionados con las vicisitudes políticas que marcan las relaciones entre Roma, Palestina y el mundo judaico. Por otra parte, cuando nació Jesús hacía dos siglos que Palestina había comenzado a recibir la profunda influencia del mundo helenístico y, aunque los judíos lograron conservar muchas de sus peculiaridades, desde el punto de vista cultural Palestina podía ser considerada una provincia helenística. En todo el Oriente, en esta época, helenización y romanización van estrechamente unidas y son como las dos caras de una misma moneda.

El personaje más importante en la época inmediatamente anterior a Jesús de Nazareth fue el rey Herodes, quien había unificado bajo su poder toda Palestina con el visto bueno y la supervisión del emperador Augusto del que podía ser considerado un monarca vasallo. Herodes fue un rey filoromano profundamente helenizado. Pero fue un político de gran capacidad y habilidad que supo desarrollar su helenismo y filoromanismo sin provocar demasiado las susceptibilidades judías. En Jerusalén construyó un nuevo templo de marcadas influencias arquitectónicas griegas que marcó la historia posterior del pueblo judío. Pero ello no le impidió al propio tiempo fundar en Jerusalén otro templo en honor de Augusto y dotar a la ciudad de un teatro, un anfiteatro y un hipódromo. Como otros soberanos helenísticos gustó de promover la helenización fundando nuevas ciudades. La más importante, Cesarea, en la costa, que poco después llegaría a ser la gran ciudad de Palestina y capital de Judea. Al propio tiempo rebautizó a Samaría con el nombre de Sebaste, en honor de Augusto (*Sebastos* en griego).

A su muerte dividió el reino entre sus hijos, aunque éstos no llevaron el título de reyes, sino el más modesto de Tetrarcas. Pero Judea, que le tocó a Arquelaos, poco tiempo después fue convertida en provincia romana agregada a Siria a petición de los propios judíos. A Herodes Antipas le tocó Galilea y Perea, y a Filipo una serie de territorios nórdorrientales. Bien bajo la forma de provincia romana, bien bajo la forma de reinos dependientes de Roma, toda Palestina en la época en que se desarrolló la vida de Jesús estaba políticamente en la órbita de Roma y culturalmente formaba parte de la *Koiné* helenística.

Jesús provenía del norte de Galilea, una de las regiones más heleni-

nizadas y con mayor número de ciudades griegas. Procedía de una familia judía como se deduce del nombre de sus padres, José y María, y de sus hermanos, Santiago, José, Judas y Simón. Su padre era un obrero, herrero o carpintero, y parece que Jesús siguió el mismo oficio. Según S. Justino, un cristiano de siglo II, fabricaba yugos y arados (*Diálogo* 88). Con todo, parece que fue un hombre con cierta cultura, como se deduce de su predicación. Su lengua nativa debía de ser el arameo galilaico y parece que también conocía el griego. A una edad ya madura, en torno a los treinta años, se hizo seguidor de la secta de Juan el Bautista y después se separó de él para desarrollar una actividad independiente como predicador ambulante. Su actividad parece que tuvo lugar fundamentalmente en Galilea y en territorios no judíos del Norte (Cesarea de Filipo) y del Este (Gadara). Pero no excluyó Judea, a cuya capital, Jerusalén, se trasladó una vez, según los evangelios Sinópticos, tres veces al menos según el evangelio de Juan.

El hecho fundamental en la vida de Jesús fue su detención y condena a muerte en Jerusalén hacia el año 30 de nuestra era tras un año de vida activa según los Sinópticos, tres según Juan. Tiberio era entonces el emperador de Roma y Judea había sido convertida en provincia autónoma de rango ecuestre. Estaba a su frente como prefecto Poncio Pilato, que ejerció un gobierno de una larga duración, poco habitual en las costumbres romanas de la época. Pilato había sido promocionado al cargo por Seyano, el todopoderoso amigo y consejero de Tiberio, y sobrevivió en el cargo a la condena a muerte de aquél por traición el 31.

La responsabilidad y las causas de la condena a muerte de Jesús no están claras por la deformación apologética del hecho que ofrecen las principales fuentes disponibles, los evangelios. Es evidente que la iniciativa de la acusación partió de las autoridades religiosas judías y que el trasfondo en que surgió ésta fue la agitada vida política de la Palestina de la época en que proliferaban los movimientos religiosos de tipo nacionalista y mesiánico: «Si liberas a este hombre, no eres amigo de César; todo el que se hace rey va contra el César... Nosotros no tenemos más rey que el César» son las palabras que el evangelio de Juan (19, 12-15) pone en boca de las autoridades religiosas judías. En cualquier caso es evidente que la condena fue dictada por la autoridad romana, Poncio Pilato, y ejecutada por soldados romanos y que se realizó por el sistema de crucifixión según práctica frecuente en la época para los acusados de sedición o alteración del or-

den público y que no tenían la condición de ciudadanos romanos. La condena de Jesús fue uno más de los numerosos conflictos políticos y religiosos a los que hubo de hacer frente Poncio Pilato que tuvo uno de los gobiernos más turbulentos del siglo I, quizá debido a su poco tacto político y que terminaría por costarle el cargo y quizá la vida. En el 36 procedió con gran brutalidad contra un fanático movimiento de corte religioso surgido en Samaría por lo que el legado de Siria, Vitelio, recomendó su destitución. Trasladado a Roma para rendir cuentas fue seguramente obligado a quitarse la vida el mismo año. No obstante, la tradición cristiana posterior intentará descargar de responsabilidad a Pilato y cargar las tintas en los judíos. Esta visión de los hechos iniciada en los evangelios se incrementará en tradiciones posteriores que hacen de Pilato una persona inocente que actúa presionado por los judíos, y se llegará a presentarle como converso al cristianismo, e incluso en la iglesia copta llegó a ser venerado como santo.

2. La primera predicación cristiana

Tras la muerte de Jesús se produjo un hecho decisivo que significó propiamente el inicio del cristianismo como religión. Una parte de sus discípulos se aglutinaron de nuevo movidos por las noticias referentes a la resurrección de su maestro y se presentaron en público en Jerusalén dando una interpretación de su persona y de su muerte. Pero inmediatamente surgió una gran diversidad de interpretaciones lo que dio lugar a la formación de diversos grupos o escuelas. Esta variedad de interpretaciones de la figura de Jesús es la característica principal de los primeros tiempos hasta que en el siglo II termina por imponerse una de ellas sobre las restantes.

El grupo más numeroso e influyente estuvo formado al comienzo por los que la historiografía moderna denomina judeo-cristianos. Este grupo se aglutinó en torno a algunos de los discípulos más allegados a Jesús, Pedro, los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago, y el otro Santiago, el denominado hermano de Jesús. Estos seguidores de Jesús no intentaron separarse del judaísmo tradicional, sino que se atenían de forma escrupulosa a las prescripciones de la ley mosaica. Se desarrolló entre ellos una cristología incipiente basada en la interpretación de Jesús como el Mesías judío. Por razones no bien conocidas pronto quedó como líder único e indiscutible de este grupo Santia-

go, el hermano de Jesús, que se estableció en Jerusalén y ejerció desde ahí influencia. Las fuentes posteriores le darán el título de primer obispo de Jerusalén.

Otro grupo fue el encabezado por Esteban, que debía ser un judío helenizado, como demuestra su mismo nombre, y es el grupo al que los *Hechos de los Apóstoles* denominan «los helenistas». Debía de estar compuesto fundamentalmente por judíos procedentes de la diáspora y desde un principio quisieron romper con lo que el templo y la ley judaica representaban. Ello provocó el inmediato enfrentamiento con las autoridades religiosas judías que intentaron acabar con ellos por todos los medios, quizá con el consentimiento de los judeocristianos. Su jefe, Esteban, fue víctima de un linchamiento popular y los restantes se dispersaron por otras ciudades de Palestina y de la diáspora, en especial por Antioquía. En esta importante ciudad helenística se desarrolló pronto una interpretación de la figura de Jesús profundamente helenizada y fue aquí donde según los *Hechos* se comenzó a denominar a los seguidores de Jesús cristianos o seguidores de Cristo, versión griega de Mesías.

El tercer grupo es el encabezado por Pablo. Es el mejor conocido gracias a las cartas conservadas del propio Pablo y a las narraciones contenidas en el libro *Hechos de los Apóstoles*, que se inicia con una descripción de la actividad de Pedro y de Pablo y termina por ser una apología de este último ignorando totalmente a Pedro. La figura de Pablo reviste una importancia histórica decisiva, más que por su gran actividad misionera, que no debió de diferir mucho de la de otros discípulos, porque defendió una interpretación de la figura y de la muerte de Jesús que sería la que en líneas generales terminaría por imponerse.

Pablo procedía de la diáspora, de Tarso, en Cilicia, una ciudad del sudeste de Asia Menor de gran efervescencia religiosa pues era punto de convergencia de las diversas culturas del Próximo Oriente. Había recibido una buena formación, dominaba el griego y había estudiado en Jerusalén en la escuela de Gamaliel, una de las escuelas rabínicas de más prestigio. Cuando se produjo la muerte de Esteban fue comisionado por el Sumo Sacerdote para proseguir la persecución de los cristianos helenistas en Damasco. En este momento se produjo un acontecimiento que marcó su vida y que él interpretó como un aparición de Jesús resucitado. Se transformó en un ferviente seguidor de éste y terminó por desarrollar una interpretación de Jesús profundamente influida por las religiones místicas que entonces

proliferaban en el ámbito helenístico. Mucho más próximo a los helenistas que a los judeo-cristianos pronto encontró la abierta oposición de éstos que al mismo tiempo habían comenzado a desarrollar su proselitismo también fuera de Palestina. Una visita a Jerusalén hacia el 38 donde se encontró con Pedro no solucionó el enfrentamiento. Diez años después, hacia el 48, se produjo un nuevo encuentro en Jerusalén con Pedro y Santiago, el llamado concilio de Jerusalén, de donde surgieron una serie de pactos y el consentimiento para que pudiese predicar libremente «su evangelio». Son los años posteriores a este encuentro los mejor conocidos. Desarrolló una gran actividad por Asia Menor y Grecia no exenta de frecuentes enfrentamientos con cristianos de otras tendencias y con las autoridades políticas locales. De esta fecha datan las cartas que conservamos.

El fin de Pablo se produjo hacia el año 56. En esta fecha realizó un nuevo viaje a Jerusalén para llevar el dinero de una colecta para los cristianos de esta ciudad y aliviar así las tensiones con los judeo-cristianos. Acusado de haber introducido en el templo a personas no circuncidadas fue detenido por las autoridades romanas y tras dos años de estancia en la cárcel de Cesarea, la capital, fue enviado a Roma para ser juzgado. Llegado a Roma se nos pierde su pista, pero parece que sufrió el martirio en los años 60 en esta ciudad.

Poco después de la muerte de Pablo se produjeron en Palestina una serie de acontecimientos que resultarían decisivos en el ulterior desarrollo del cristianismo. En el 62 fue asesinado en Jerusalén Santiago por iniciativa del Sumo Sacerdote Ananías aprovechándose de una vacante momentánea en el gobierno de la provincia, siendo sucedido por otro pariente de Jesús, Simeón, hombre de escasa personalidad. Poco después, en el 66, se produjo el gran levantamiento judío que culminaría con la toma de Jerusalén y la destrucción del templo en el 70. Los judeo-cristianos no participaron en el levantamiento y huyeron en masa a Transjordania. Allí continuaron sumidos en un profundo aislamiento, rotos la mayoría de los lazos con otras comunidades. Esta desaparición de la escena de los judeo-cristianos y la profunda confusión que causaron los acontecimientos subsiguientes a la represión romana, que muchos cristianos esperaban que fuese el inicio de la Parusía anunciada por Jesús, dejó la vía libre para la expresión y consolidación de las corrientes cristianas más influidas por el helenismo, la preconizada por Pablo entre ellas. Los judeo-cristianos quedaron al margen de la evolución que experimentó el cristianismo helenístico, que comienza a considerar la segunda veni-

da de Cristo como algo lejano en el tiempo y se apresta ideológicamente para convivir con la sociedad del entorno en el ámbito político del Imperio Romano.

3. Consolidación y difusión del cristianismo helenístico

La mayor parte de la literatura cristiana que se ha conservado de finales del siglo I y comienzos del II responde a los nuevos planteamientos que derivan de la destrucción del Templo y la dispersión del pueblo judío y de la perspectiva de una Parusía lejana. Una parte de esta literatura será incluida después en el Canon del Nuevo Testamento, otra parte quedó fuera de este Canon y se ha agrupado en tiempos modernos bajo el nombre de Padres Apostólicos. Característica común de estos escritos es la necesidad de dotarse de una nueva moral y de unas instituciones para poder convivir con la sociedad helenístico-romana. Se fue configurando así una nueva concepción del cristianismo que se puede denominar *eclesiástico* por el afán de buscar unas instituciones estables para regular la vida de las comunidades, unos principios de fe claramente definidos y aceptables por todos y una moral en la que privan las buenas obras sobre la libre inspiración individual por parte del Espíritu. Frente al carisma predomina la disciplina.

Este proceso que se va plasmando en torno al año 100 estuvo lejos de ser unitario pues fue el resultado de adaptaciones a situaciones concretas según las propias tradiciones. Es el momento en que se produce la separación definitiva de la sinagoga, pero, al tiempo, se impregna del ritualismo y de ciertas prácticas comunitarias judaicas y se hereda una visión del hombre y del mundo profundamente influidas del dualismo iranio que había penetrado en el judaísmo tardío. Del helenismo contemporáneo toma la moral, esencialmente estoica, y el intimismo religioso y las ideas de salvación ampliamente difundidos por las religiones místicas. La organización se va adaptando al modelo de las instituciones cívicas dominantes en las ciudades helenísticas y romanas. Todos los poderes, espirituales, económicos y jurídicos terminan por concentrarse en el *episkopos*, presidente único de la comunidad, por lo que se ha denominado a esta institución el episcopado monárquico.

La concentración de poderes en la figura del obispo y las prácticas de comunión entre sí, que desde muy pronto desarrollaron los obis-

pos, facilitaron el ir suprimiendo las profundas diferencias que mostraban las distintas comunidades y la adopción de una serie de ritos y creencias comunes. El profundo monoteísmo heredado del judaísmo se hace compatible con la adoración de Cristo y con el respeto por la Escritura. El bautismo y las comidas en común se constituyen en los ritos fundamentales y adoptan el carácter sacramental que tenían en las religiones místicas. El cristianismo de estos primeros tiempos manifiesta una enorme capacidad de sincretismo y adopta elementos de otras religiones que en muchos aspectos le hace aparecer como una religión mística más. Pero hay un aspecto que la separa netamente de éstas y le da su especificidad. Mientras las otras religiones místicas se basaban en un hecho mítico y que era sentido como tal, el cristianismo derivaba de un personaje histórico aunque pronto adquiriese ciertos caracteres míticos. Esto hizo del cristianismo una religión diferente que trataba de fundamentarse en argumentos históricos.

La expansión geográfica del cristianismo se vio enormemente favorecida por las condiciones políticas creadas por el Imperio Romano y en especial por la paz generalizada en todo el ámbito mediterráneo que caracterizó la época de los Antoninos en el siglo II y que facilitó los viajes y el trasiego de personas de un extremo al otro del Mediterráneo. En un principio la predicación cristiana se lleva a cabo fundamentalmente siguiendo los pasos de la diáspora judaica y son las ciudades más importantes del Mediterráneo oriental, en las que existían importantes colonias judías, donde arraiga el proselitismo cristiano. Asia Menor y la cuenca del Egeo habían sido el ámbito principal de la predicación de Pablo, pero esta predicación encontró ya la competencia de otros misioneros, a veces con concepciones opuestas del evangelio, que le habían precedido y le siguieron. Antioquía en Siria y Alejandría en Egipto fueron el punto de partida de la misión cristiana en estos países. En Occidente son las grandes ciudades, grandes centros comerciales también, como Roma, Cartago o Lyon las que ejercen su influencia sobre sus respectivos territorios. En todos los casos es la lengua griega la que sirve de vehículo y medio de expresión y difusión y la que da un carácter netamente helénico al cristianismo de estos primeros tiempos. En un segundo momento la nueva religión se servirá también de otras lenguas como instrumento. En Occidente parece que fue en Cartago donde antes se generalizó el uso del latín, a finales del siglo II. En Roma en el siglo III aún era predominante el griego. Será a lo largo del siglo III cuan-

do se imponga en Occidente el uso del latín, que con el tiempo dará lugar a una Iglesia latina netamente diferenciada de la griega, con Roma como centro. En Oriente el cristianismo se difundió a partir de Palestina y Antioquía hacia la Siria interior y Mesopotamia, con el arameo y el siríaco como lengua evangelizadora. En el siglo III se expandirá también por el Imperio Persa. En Egipto, fue la gran metrópoli griega de Alejandría el punto de partida de la difusión por el resto del país adoptándose pronto la lengua indígena, el copto. Estas realidades lingüísticas condicionarán en gran medida la formación de iglesias diferenciadas, coptas, siríacas, etc. que tendrán enorme importancia en el desarrollo del cristianismo en estas regiones en siglos posteriores.

Si la unidad política que significaba el Imperio Romano facilitó la difusión de la nueva religión, tampoco las autoridades políticas romanas significaron un obstáculo serio para su expansión. La historiografía tradicional ha tendido a presentar al cristianismo como una religión perseguida desde sus inicios por el poder político romano, haciendo de los primeros siglos cristianos la época de los mártires. Este planteamiento tiene pocos fundamentos históricos. La persecución de Nerón en Roma en el 64 provocó un importante número de víctimas pero se debió a una circunstancia coyuntural que permitió a este extravagante emperador encontrar un chivo expiatorio ante las masas excitadas por el incendio de la capital. Pero debió de tener importantes consecuencias para el futuro de la nueva religión, pues enseñó a las autoridades romanas a distinguir a los cristianos de los judíos. Si esto, por un lado, privó a los cristianos de la tolerancia de que disfrutaba el judaísmo en cuanto religión nacional, por otro, los preservó de las represiones antijudaicas que siguieron al levantamiento y la guerra del 66-70.

En contra de lo que afirmó Tertuliano a finales del siglo II y ha mantenido la historiografía tradicional de que Nerón había decretado una normativa legal de carácter general, el llamado *Institutum Neronianum* que colocaba a los cristianos al margen de la ley y posibilitaba la persecución de la nueva religión, la historiografía moderna ha puesto seriamente en duda su existencia. En cualquier caso, no está clara cuál era la base legal a que recurrían las autoridades romanas para proceder contra los cristianos y fueron muchos y diversos los factores que provocaron las persecuciones. Es indudable que pronto se expandió entre amplios ambientes populares de muchas ciudades un profundo sentimiento anticristiano. En cierta medida fue una versión

nueva del antijudaísmo agravada por el radicalismo con que los cristianos rechazaban a los demás dioses y religiones. A este respecto jugó un importante papel el rechazo del culto al emperador, ampliamente difundido y promovido como medio para dar coherencia ideológica y fidelidad política a un Imperio tan heterogéneo como el romano.

La confluencia de elementos políticos y sociológicos hizo recaer pronto sobre los cristianos la acusación de ateísmo, es decir, de despreciar a los dioses y cultos tradicionales; y en una sociedad como la antigua, en que la religión invadía todas las esferas de la vida pública y privada, resultaba fácil achacar a los cristianos la responsabilidad de todos los males y desgracias que sobrevenían a la colectividad de la que formaban parte. A ello se unía el carácter oculto y secreto que tenían sus ritos, bautismo, ágapes o comidas comunitarias, la participación en estos ritos de hombres y mujeres de forma indiscriminada, lo que facilitaba la propagación de bulos y rumores sobre prácticas de orgías sexuales, incestos, asesinatos de niños, y todo tipo de depravaciones que, por otra parte, tenían justificación en los excesos de algunas sectas cristianas extremistas. Se explica que en este contexto las masas excitadas y, arrastradas por ellos, las autoridades municipales y los gobernadores provinciales, vieran en la satisfacción de estos sentimientos anticristianos una salida fácil a muchos problemas de orden público.

Los emperadores romanos fueron en general más sensatos que sus autoridades subordinadas, quizá porque el problema se presentaba como más lejano para ellos. En especial los emperadores *ilustrados* del siglo II trataron de introducir un elemento de racionalidad en las relaciones entre el poder político y el cristianismo, que venía obstaculizado por el fanatismo que muchos cristianos mostraban, avivado por las ideas sobre el emperador de que estaban impregnados algunos escritos cristianos primitivos, como el Apocalipsis de Juan, y la difusión de la idea de que el martirio abría directamente las puertas del reino de los cielos. A pesar de ello, en los dos primeros siglos de expansión cristiana no hubo persecuciones generalizadas contra los cristianos, sino que éstas se limitaron a casos aislados en forma de pogroms de alcance limitado. Habrá que esperar a mediados del siglo III con Decio y Valeriano, y especialmente a comienzos del IV con Diocleciano, para que el cristianismo sea objeto de decretos generales de persecución. Pero en estas fechas la nueva religión ya estaba plenamente consolidada y expandida por todo el Imperio y fue precisamente esta difusión la que se trató de frenar.

4. La batalla ideológica: enemigos externos e internos

El que el poder político romano no significase un obstáculo importante para su expansión no quiere decir que el cristianismo no encontrarse en los siglos II y III grandes dificultades para constituirse en religión universal y en Iglesia institucionalizada. Los mayores problemas no le vienen del exterior, sino que surgen en su propio seno en forma de discusiones y luchas internas por motivos dogmáticos y disciplinares, lo que dio lugar a la proliferación de lo que se ha denominado las herejías. Al propio tiempo, los cristianos eran objeto de los ataques de pensadores y filósofos paganos que veían en la nueva religión un movimiento fanático e irracional incapaz de integrarse en los esquemas religiosos e ideológicos propios de la época. Todo ello obligó a los dirigentes religiosos cristianos a reflexionar sobre su propio mensaje y a organizarse para sobrevivir. Se fueron constituyendo así, a lo largo del siglo II, las bases de lo que será la Iglesia, una institución dotada de una serie de dogmas y de normas disciplinarias con una sólida organización interna. El cristianismo deja con ello de ser una secta religiosa para constituirse en una Iglesia.

El primer estímulo para este debate interno provino de las herejías y en especial de la que es en el siglo II la herejía por excelencia, el gnosticismo. Movimiento de carácter intelectual y religioso de difícil aprehensión y definición, con un gran poder de atracción, especialmente entre los elementos más cultos de la sociedad, representaba en cierto modo, como ha señalado E. Trocmé, la lucha contra la tendencia irrefrenable al "aprisionamiento del mensaje cristiano en el marco de una organización eclesiástica en la que las aspiraciones y necesidades de la mayoría constituían la regla". Nacido al margen, y en parte antes del cristianismo, en el siglo II compite con éste en apropiarse e interpretar el mensaje de la persona y la obra de Cristo.

El gnosticismo no constituyó un sistema unitario de pensamiento, sino que estuvo formado por muchos sistemas diferentes y quizá el elemento común a todos ellos fuese la existencia de un conocimiento superior o *gnosis* cuya posesión garantizaba la salvación. Esta *gnosis* quedaba reservada a un número limitado de personas que acceden a ella por la posesión de una chispa divina que se manifiesta en forma de inspiración o revelación. Gracias a ella, la parte espiritual del ser humano o alma se libera del aprisionamiento a que está sometida por la materia, es decir el cuerpo, y logra acercarse a la esfera de lo divino. En esta liberación interviene un ser mítico, el Salvador, que des-

pués de descender al mundo bajo revestimiento humano asciende junto al Padre abriendo el camino a los que logran desembarazarse de la prisión de la materia. La *gnosis* cristiana identifica a este salvador con Cristo, pero no logra liberar al movimiento de una compleja cristología en que confluyen influencias de todo tipo, especialmente neoplatónicas, bíblicas, egipcias, persas, babilónicas, etc. Más que como una religión, el gnosticismo se presenta como una filosofía religiosa pero con aspiración de desplazar a las demás religiones. En cuanto se oponía a la integración en la sociedad greco-romana y a adoptar una organización basada en autoridades jerárquicas, aceleró, por reacción, la integración del cristianismo eclesiástico en la sociedad de la época y la adopción del modelo jerárquico de las instituciones civiles del Imperio. Hasta hace pocos años el único conocimiento que teníamos del gnosticismo se reducía a las noticias transmitidas por los escritores ortodoxos del siglo II que escribieron tratados para combatirlo. En 1945 se descubrió en Nag Hammadi, en el Alto Egipto, una biblioteca gnóstica que ha aumentado enormemente nuestro conocimiento de este movimiento y abierto grandes debates que no acaban sino de comenzar.

El gnosticismo no fue la única herejía del siglo II. Otros muchos movimientos surgieron en el seno del propio cristianismo en un época como ésta en que la nueva religión trataba de dotarse de un bagaje dogmático y adecuarse a convivir con el entorno social. Por el conocimiento que tenemos de ellos y por su trascendencia los más importantes fueron el Marcionismo y el Montanismo que toman el nombre de sus líderes religiosos. Marción y Montano procedían ambos de Asia Menor, una región de gran efervescencia religiosa y donde ya la primera predicación cristiana a cargo de San Pablo había dado lugar a interpretaciones muy variadas. Seguidor de Pablo se presentaba Marción que sólo admitía las cartas de éste y el evangelio de Lucas, próximo a él, como escritos inspirados de la nueva religión. Su doctrina estaba próxima al gnosticismo por su dualismo al considerar al Dios del Antiguo Testamento como un dios hostil responsable de los males del mundo y opuesto al dios bueno revelado a los apóstoles. Rechazado por la Iglesia oficial, fundó su propia Iglesia paralela que tuvo un rápido éxito y una enorme expansión. El movimiento de Montano acentuaba los elementos místicos y proféticos que contenía el cristianismo primitivo. Predicaba la llegada próxima de la Parusía con el retorno inminente de Cristo que tendría lugar en Frigia, su región natal. Un rígido ascetismo con la abstención de todos los

placeres mundanos era el medio para preparar esta inminente venida.

Pero junto a las sectas desarrolladas en su propio seno, la Iglesia del siglo II tuvo que enfrentarse también al clima hostil de la sociedad y a los pensadores paganos que la atacaban con los instrumentos que la retórica y la filosofía ponían a su disposición. Frente a ellos surge un grupo de pensadores cristianos que, armados con los mismos instrumentos intelectuales que sus oponentes, tratan de reflexionar sobre la propia fe, refutar a sus opositores y demostrar que el cristianismo es una religión compatible con la sociedad grecorromana y con el régimen político imperial. Son éstos los denominados apologetas o defensores de la fe. Instruidos en la filosofía griega ponen ésta al servicio de la nueva fe proporcionando así al cristianismo un elemento de racionalidad que permitió a la nueva religión abrirse un camino en la sociedad imperial romana. Los primeros apologetas fueron cristianos cultos de lengua griega como los atenienses Cuadrato y Aristides, Justino, filósofo griego de origen judío, o su discípulo el sirio Taciano. Sólo a finales del siglo II aparecen los primeros apologetas de lengua y cultura latinas, como los africanos Tertuliano y Minucio Félix.

La racionalidad y el sentido común que introdujeron los apologetas tratando de presentar a los cristianos como ciudadanos normales contrapesaba el fanatismo inherente al primer cristianismo y que tenía su máxima expresión en el entusiasmo con que muchos se enfrentaban con la muerte por la defensa de la fe. El ejemplo de estos mártires y la literatura a que dio lugar, las *Actas de los mártires*, se convertirá en uno de los medios más populares para divulgar y popularizar la nueva fe. Aunque el número de mártires en esta época no fue tan grande como la tradición posterior quiso presentar, el impacto popular de los martirios fue enorme y los cristianos supieron explotar mejor que ninguna otra religión el martirio como instrumento de proselitismo religioso. Algunos apologetas como Justino fueron también mártires haciendo compatible de esta manera las dos formas que tenía el cristianismo del siglo II para presentarse ante la sociedad.

5. Iglesia institucional y religión universal

Los movimientos heréticos del siglo II como el de Marción y Montano aspiraban a despertar a unas comunidades que habían renunciado a los ideales primitivos y se habían acomodado a una fácil con-

vivencia con la sociedad pagana, contentándose con una moral acomodaticia de tipo estoico y unas prácticas rituales vaciadas en gran medida de su primitivo significado. Ello fue el resultado en gran parte del lento proceso que se había producido de transformación del cristianismo en una iglesia institucionalizada. Frente a la variedad de instituciones que figuraban en las iglesias primitivas, presbíteros, diáconos, obispos, profetas, hombres carismáticos, etc. el siglo II vio la consolidación y generalización de la institución del episcopado monárquico. La figura del obispo se fue rodeando pronto de los atributos y características de los magistrados y altos funcionarios, estableciéndose como una jerarquía paralela a la civil. Ello trajo consigo la consolidación y profundización de la división entre clero y laicado que era ajena al cristianismo de los primeros tiempos.

Un elemento decisivo para la consolidación del episcopado monárquico fue la reacción ante las herejías. Se fue imponiendo la idea de que sólo la unión con el obispo, que se consideraba la garantía de transmisión de las creencias y prácticas tradicionales, podía proporcionar un criterio seguro para distinguir la enseñanza verdadera de la falsa. Se elaboran listas, falsas en su mayoría, de sucesiones ininterrumpidas desde los apóstoles, y se establecen contactos entre obispos próximos geográficamente, a imitación de los concilios provinciales, que regulaban el culto del emperador y los contactos entre los magistrados municipales y los gobernadores. Surgen así los sínodos como instrumentos de política educativa y el episcopado se convierte en la institución clave en la organización de la Iglesia y la conservación de la ortodoxia.

Junto a la autoridad del obispo se recurre a otro instrumento fundamental para mantener la unidad de las diversas comunidades en materia de creencias, la fijación de una lista de libros revelados. Una de las razones del rápido éxito del Marcionismo radicó en la comodidad de disponer de unos escritos revelados bien establecidos y accesibles a todos. A lo largo del siglo II las iglesias cristianas se entregaron a la lenta y difícil tarea de fijar la lista de escritos que fuesen aceptados por todas las comunidades por considerarse que recogían fielmente las enseñanzas de Jesús y de sus discípulos más inmediatos. A finales del siglo la mayor parte de las iglesias estaban de acuerdo en el listado de obras a incluir en lo que llegaría a ser el Canon del Nuevo Testamento, que sin embargo no quedaría fijado de un modo definitivo hasta finales del siglo IV.

Así pues, con los instrumentos de una rígida organización jerár-

quica, con el obispo a la cabeza y el Canon de escritos aceptados por todos como autoridad en materia doctrinal, a finales del siglo II el cristianismo está ya plenamente consolidado en forma de Iglesia, amplía su expansión geográfica y acoge en su seno a personas de todos los grupos y clases sociales. De simple secta religiosa desgajada del judaísmo ha pasado a ser una Iglesia de carácter universalista. Como indica el autor anónimo de la *Epístola a Diogneto*, obra preciosa de finales del siglo II, los cristianos constituyen ya en el mundo una *nación nueva* que está transformando la sociedad, aunque continúa la hostilidad popular y el recelo de las autoridades políticas que ven en la nueva religión un obstáculo para el reforzamiento del absolutismo político en base al culto imperial. Se explica así el decreto del emperador Septimio Severo que en el 202 trata de poner freno al proselitismo cristiano y judaico. El decreto obligó a cerrar muchos locales de reunión y escuelas cristianas y provocó un incremento del número de mártires, especialmente en Oriente y África.

Pero esta situación no se prolongó. Sus sucesores, Heliogábalo (218-222) y Alejandro Severo (222-235) fueron decididos partidarios de las religiones orientales, entre ellas la cristiana. Incluso otro emperador, Filipo el Arabe (244-249) fue posiblemente cristiano, o al menos abiertamente filocristiano. Por otra parte, la crisis económica, política y militar que caracteriza el siglo III, con el hundimiento de la escala de valores en que se basaba la cultura greco-romana proporciona un ambiente favorable a la difusión de las nuevas religiones, que prometen, frente a los males de este mundo, una salvación y una vida feliz ultraterrena. El cristianismo se va convirtiendo así en una religión de masas y en muchas ciudades orientales comienza a ser mayoritaria. Clemente de Alejandría es el teórico de la nueva situación y en sus escritos, al tiempo que trata de aproximar el cristianismo a la filosofía griega, defiende una moral abiertamente compatible con la convivencia en una sociedad pagana. Al propio tiempo otro alexandrino, Orígenes, interpreta la nueva religión en clave neoplatónica haciendo posible así el gran desarrollo teológico que se producirá en el siglo IV.

Pero este proceso no se lleva a cabo sin grandes divisiones y enfrentamientos internos entre los partidarios del rigorismo tradicional y los defensores de una moral más laxa. El relajamiento afecta a las jerarquías eclesásticas que disfrutaban de muchos privilegios y honores y el cargo de obispo es apetecido por los privilegios económicos y la consideración social que reporta. Muchos cismas y divisiones

internas son producto de esta nueva situación. Es el caso en Roma del papa Calixto, que intentó regular la situación de concubinato legal en que vivían muchas mujeres cristianas de la aristocracia senatorial y admite que las autoridades eclesiásticas tengan la facultad de perdonar los pecados y readmitir a los pecadores en la Iglesia. La oposición del polemista Hipólito llevó a un cisma en la Iglesia de Roma que vio por un tiempo a dos obispos al frente de la iglesia de la capital. En Oriente se produce la deposición por un sínodo del obispo de Antioquía, Pablo de Samosata, quien hizo compatible el cargo con el desempeño de altas magistraturas civiles. Cristianos intransigentes como Orígenes en Oriente o Cipriano en Occidente lanzan sus críticas acerbas contra esta relajación del clero y de los laicos que alejaba al cristianismo de los viejos ideales. Resultaba inevitable que lo que la nueva religión ganaba en influencia social y en número de adeptos lo perdiese en estímulos religiosos y ejemplaridad de costumbres.

En estas circunstancias se producen las primeras persecuciones generales a mediados del siglo III que contribuirán a acentuar más las tensiones internas. El 249 Decio, y el 257 Valeriano tratan de poner freno a la nueva religión publicando edictos por los que se trataba de obligar a los cristianos a actos públicos de culto al emperador y a los dioses tradicionales. Aunque la vigencia de estas medidas no fue larga, alteraron profundamente el desarrollo de la Iglesia. El número de mártires fue importante, pero fueron muchos más los que cedieron a las presiones. El 260 Galieno puso fin a la persecución decretada por su padre Valeriano iniciando una nueva y larga etapa de paz, pero la Iglesia se vio sumida en profundas divisiones derivadas de la actitud a seguir con los que habían claudicado en las persecuciones. Resurgieron con más fuerza los enfrentamientos entre los más intransigentes que defendían posturas rigoristas y radicales y los más realistas que propugnaban un acomodo con la sociedad. Muchas de las divisiones y cismas que ahora surgen se prolongarán durante todo el siglo siguiente. En general, la Iglesia durante los largos años de paz que preceden a la gran persecución de Diocleciano del 303 se imbuje del pragmatismo que caracteriza a las instituciones romanas, y su nivel moral e intelectual es bastante mediocre. Entre las reacciones ante este estado de cosas tiene especial importancia el surgimiento del fenómeno monástico. Se trata de movimientos ascéticos que buscan una huida del mundo y de la sociedad como intento de volver a los orígenes cristianos y como protesta frente a la sociedad pagana y a la Iglesia institucional. En el siglo IV, al producirse la integración

entre el Estado romano y la Iglesia, el movimiento monástico surgido especialmente en Oriente se generalizará en todo el Imperio y los monjes se presentarán como una Iglesia paralela frente a la Iglesia oficial.

6. De la persecución al triunfo: Diocleciano y Constantino

Los primeros años del siglo IV fueron tan decisivos en la historia del cristianismo como lo fue en los años 60 la rebelión judía y la destrucción del templo. Si estos acontecimientos facilitaron el triunfo del cristianismo helenizado y la desaparición del judeo-cristianismo, la política religiosa de Constantino a partir del 312 representó el apoyo oficial del Estado a la Iglesia y la integración de ésta en las estructuras del Estado. Pero lo que se ha denominado tradicionalmente el "triunfo" de la Iglesia con Constantino estuvo precedido de la mayor persecución que ésta conoció.

Diocleciano, a partir de su acceso al trono el 284 inició una profunda tarea de reestructuración y consolidación de las bases políticas, económicas y sociales del Imperio, que había estado a punto de desmoronarse durante la anarquía militar de los años precedentes. El nuevo sistema político por él instaurado, la Tetrarquía, basado en un reparto del poder entre cuatro emperadores, estaba acompañado de un rearme moral y religioso en base a la religión tradicional romana. Este objetivo encontró un obstáculo en la Iglesia cristiana que era en estos momentos un poder sólidamente organizado y cuyos miembros estaban ya insertos en todas las esferas de la administración y del ejército. Ello indujo a Diocleciano en los últimos años de su reinado a intentar acabar con la Iglesia cristiana mediante una persecución que fue la más cruenta y duradera de las que conoció el cristianismo en la Antigüedad.

La persecución se inició el 303 con una serie de decretos que fueron agravando progresivamente las medidas represivas hasta alcanzar una enorme dureza que afectó a todo el Imperio, salvo la Galia y Britania, donde Constancio Cloro aplicó las medidas de forma más benigna. Los mártires proliferaron en todas partes. A partir de la abdicación de Diocleciano en el 305 el ritmo e intensidad de la persecución se vio condicionado por las circunstancias de las guerras civiles que se sucedieron. En Oriente, Galerio y Maximino Daya mantuvieron las medidas con todo rigor, mientras en Occidente se rela-

jaron y la persecución cesó prácticamente. Esta situación se prolongó hasta el 311, año en que Galerio, a punto de morir, convencido del poco éxito de las medidas violentas e inducido quizá por terrores religiosos, publicó un Edicto de Tolerancia por el que se permitía a los cristianos el libre ejercicio de su religión.

Los estragos de las persecuciones fueron enormes. Sólo la sólida organización institucional de que estaba dotada la Iglesia, el entusiasmo religioso que provocaban los ejemplos de los mártires y el hecho de que el cristianismo era la religión que mejor respondía a las aspiraciones y exigencias espirituales de la mayor parte de la población del Imperio hicieron posible su supervivencia. En estas circunstancias el acceso al poder de Constantino cambió totalmente el rumbo de la historia de Roma y del cristianismo.

Constantino era hijo de Constancio Cloro. En el 306 sucedió a su padre en el gobierno de la Galia y el 312 se embarcó en una guerra civil contra Majencio que gobernaba Italia y Africa, y la victoria le proporcionó el control de todo Occidente. La batalla decisiva contra Majencio en el puente Milvio, en las afueras de Roma, ha quedado en los anales cristianos como un hecho providencial que cambió el rumbo de la historia. Los historiadores cristianos contemporáneos como Lactancio y Eusebio de Cesarea atribuyeron la victoria al hecho de haber mandado inscribir el anagrama de Cristo en los escudos de sus soldados, por inspiración divina, tras una visión que habría provocado su conversión al cristianismo. El hecho es que tras su victoria y su entrada en Roma inició una serie de medidas en favor de los cristianos que trastocaron completamente la situación anterior.

En el giro de Constantino influyeron múltiples elementos en cuya valoración no se ha puesto de acuerdo la crítica moderna. Indudablemente hay que tener en cuenta sus convicciones y sentimientos religiosos junto a cálculos políticos. Constantino había sido un ferviente seguidor del culto solar, ampliamente extendido en esta época en el Imperio, en torno al cual se había desarrollado un incipiente monoteísmo con marcadas influencias de la filosofía neoplatónica. A partir del 312 Constantino se hizo un ferviente defensor del cristianismo pero no se bautizó hasta el momento de su muerte, en el 337. Todo parece indicar que se propuso promover un amplio sincretismo religioso con el cristianismo como aglutinante y que pretendía que a ese proyecto religioso se admitiese el mayor número de súbditos, para hacer el cristianismo la base ideológica de su política unificadora. La

sólida estructura interna que tenía la Iglesia debería ser el mejor instrumento de esta política. Pero si así lo pensaba, pronto se encontró con grandes obstáculos por las divisiones internas que surgieron en el seno de la propia Iglesia.

Inmediatamente después de su triunfo sobre Majencio, Constantino comenzó a intervenir en los asuntos internos de la Iglesia. Sus primeras medidas se orientaron a tratar de poner fin a los cismas internos, especialmente el que afectaba a Africa que, como una prolongación de las divisiones creadas por el problema de los *lapsi* o apóstatas de mediados del siglo III, acentuadas tras la persecución de Diocleciano, había visto surgir dos Iglesias antagónicas, la donatista y la oficial. Constantino intentó hacer de mediador entre ambas, con una serie de medidas que culminaron en la convocatoria de un concilio de obispos occidentales en Arlés en el 314. El concilio condenó a los donatistas y Constantino sentó el precedente, que ya no se abandonaría, de dar fuerza legal a las decisiones del concilio, aunque ello no logró sino acentuar la división de la iglesia africana que durará hasta el siglo V.

Al tiempo que interviene en Africa, Constantino comienza una serie de medidas tendentes a favorecer económica y socialmente al clero y a cristianizar las manifestaciones externas de la vida del Imperio. El obispo de Córdoba Osio estuvo a su lado desde el 312 y durante todo su reinado fue el principal inspirador de esta política haciendo la labor de consejero del emperador para asuntos religiosos. El 324 Constantino derrota a su colega de Oriente, Licinio y se convierte en único emperador, cosa que no sucedía desde el acceso de Diocleciano al poder el 285, y extiende los privilegios a la Iglesia de Oriente. Pero la unificación política del Imperio en sus manos coincide con la propagación por Oriente de la doctrina del presbítero alexandrino Arrio sobre la Trinidad, que provoca pronto profundas divisiones doctrinales entre los obispos y arrastra las pasiones populares. Constantino, que ha apostado decididamente por la nueva religión para proporcionar cohesión ideológica a su Imperio renovado y unificado, ve el peligro que acarrearán estos nuevos enfrentamientos. Siguiendo el precedente del concilio de Arlés, convoca un concilio universal el 325 en Nicea, pequeña ciudad del oeste de Asia Menor, al que invita a los obispos de toda la cristiandad. Acuden más de 300 a los que concede los honores y privilegios de que disfrutaban los altos funcionarios civiles, como el uso de la posta pública. El propio emperador, pese a que aún no ha sido bautizado, inaugura el concilio

lio, asiste a las sesiones y fuerza las decisiones de los obispos hacia una fórmula de compromiso que sea aceptada por todos.

El concilio de Nicea es el mejor símbolo del profundo cambio que en pocos años experimentó el cristianismo en el ámbito del Imperio Romano. De religión perseguida por el Estado hasta el 311, catorce años después se ve protegida y privilegiada por este mismo Estado, con un emperador que no duda en calificarse así mismo *obispo y decimotercer apóstol*. La política de Constantino que no sólo privilegió a la Iglesia, sino que se apoyó en ella como instrumento para desarrollar sus proyectos políticos, determinó el futuro del cristianismo hasta nuestros días, hasta el punto de que se puede hablar de dos historias del cristianismo, antes y después de Constantino. La respuesta a este enorme cambio hay que buscarla en el ambiente religioso de la época, que hizo posible que Constantino triunfara en su intento de convertir al cristianismo en una religión al servicio del Estado.

7. Religión y política al final de la Antigüedad

La historia religiosa de los primeros siglos de nuestra era está fuertemente condicionada por la existencia del Imperio Romano. A partir de Augusto, el poder de los emperadores evolucionó en un sentido cada vez más absolutista y más impregnado de sentido religioso. Esta evolución se produce en un contexto de creciente intercomunicación e influencia entre las diferentes religiones que tienden a un sincretismo en que se mezclan y confunden los diversos cultos. Al propio tiempo aparece el culto a Roma y al emperador, que aspira a convertirse en religión de Estado, transformando y adaptando la vieja religión romana oficial. El poder absoluto de los emperadores no sólo se proyecta en la esfera política y social, sino también en la religiosa, tendiendo a imponer una imagen de la monarquía imperial según el modelo de la monarquía divina. Al igual que el universo está regido por una divinidad suprema que trasciende a los demás poderes divinos y sobrenaturales, también el mundo terrenal debe estar gobernado por un único soberano del que dependen los demás poderes. La teoría del absolutismo monárquico iba estrechamente unida a la del monoteísmo religioso.

Este monoteísmo religioso, que era la característica diferenciadora de religiones como el judaísmo y el cristianismo, encontró su mejor

expresión en el ámbito pagano en el neoplatonismo que constituyó el sistema filosófico-religioso más importante del paganismo tardío. El origen del sistema se atribuía a Ammonio Saccas, un filósofo del siglo III que abandonó el cristianismo para dedicarse al estudio del platonismo. Pero fue su discípulo Plotino (204-270) el verdadero sistematizador y divulgador de esta filosofía. Su obra fue completada por su discípulo más importante, Porfirio (234-301), un sirio que publicó los escritos del propio Plotino y dio al neoplatonismo un carácter netamente religioso. El neoplatonismo se convierte con él en un sistema monista en lo filosófico y monoteísta en lo religioso. La realidad suprema es el Uno, que es una realidad múltiple que encierra la Bondad y la Belleza. El Uno, Dios trascendente, se manifiesta y actúa a través del Demiurgo para crear y gobernar el mundo a través de otros poderes subordinados, como los dioses, los ángeles y los demonios que encuentran así su justificación, compatible con la unidad fundamental de lo divino.

El monoteísmo neoplatónico confluyó con la Teología solar, de carácter más popular, de la que también fue teorizador Porfirio y que encontró su máximo defensor, a nivel político, en el emperador Aureliano que la convirtió en religión oficial. El dios solar, Helios, es presentado como el restaurador del orbe, el portador de la paz, el dios supremo, y el emperador es adorado como la imagen o reflejo del sol, del mismo modo que, de acuerdo con la concepción neoplatónica, es identificado con el Demiurgo.

Así pues, filosofía, religión e ideología imperial confluyen en el monoteísmo. El cristianismo no se vio ajeno a este proceso. Aunque los neoplatónicos manifestaron, en general, una abierta beligerancia contra el cristianismo y el propio Porfirio escribió uno de los tratados más serios y fundamentados intelectualmente contra el mismo que Diocleciano se preocupó de propagar, la influencia del pensamiento neoplatónico en el cristianismo fue decisiva.

El principal pensador cristiano del siglo II, el alejandrino Orígenes (185-252) fue también discípulo de Ammonio Saccas y su pensamiento está tan influido por el neoplatonismo que el propio Porfirio manifestó gran estima y respeto por él. Dotado de una enorme cultura que puso al servicio de una ferviente fe cristiana, llevó a cabo una síntesis, no superada en la Antigüedad, de cultura bíblica y neoplatonismo, integrando el pensamiento cristiano en la filosofía griega. Gracias a esta labor también el cristianismo confluyó con la ideología imperial y la filosofía religiosa pagana en un monoteísmo que era el

signo de los nuevos tiempos. Constantino fue una persona representativa de esta época. De ser un ferviente seguidor del monoteísmo solar, se pasó al monoteísmo cristiano aunque no se bautizase hasta el momento de su muerte, en el 337. Pero Constantino fue también un político enormemente pragmático. Al tiempo que favorecía al cristianismo, siguió utilizando los símbolos paganos que resaltaban el poder imperial y no promulgó disposiciones que afectasen de modo sustancial al ejercicio de la religión tradicional. Funde e integra formas de culto paganas y cristianas, ideología religiosa greco-romana y teología cristiana, culminando el proceso de sincretismo religioso que había caracterizado a la religiones de los primeros siglos del Imperio, incluido el cristianismo. En Nicea se impone, para explicar el dogma de la Trinidad, la fórmula del *homousios*, igualdad de sustancia entre el Padre y el Hijo, que Orígenes había tomado de la filosofía platónica. Constantino hace del día del sol, el domingo, el día del Señor. El día del nacimiento solar, el 25 de diciembre, pasa a ser el día del nacimiento de Cristo y del nacimiento del emperador. Jerarquía celeste y jerarquía divina confluyen en la configuración del nuevo modelo monárquico en que el emperador, símbolo de Dios trascendente, es la encarnación en la tierra del Hijo de Dios o Logos mediador.

Constantino logró lo que no había conseguido ningún antecesor suyo, integrar la religión pagana y la cristiana como soporte de la ideología imperial. Aparentemente la principal beneficiaria fue la Iglesia cristiana, pero, en realidad, lo fue el poder imperial. Los cristianos del momento, ofuscados por lo que consideraban el triunfo de la nueva religión, no supieron o no quisieron oponerse a este proceso que puso a la Iglesia al servicio del poder imperial a costa de una instrumentalización y de una paganización profunda del cristianismo. El obispo Eusebio de Cesarea se convirtió en el teólogo del nuevo poder imperial: "Investido de la imagen de la monarquía celeste, levanta su mirada hacia lo alto y gobierna regulando los asuntos del mundo según la idea de un arquetipo, afirmado por el hecho de que se entrega a imitar la soberanía del soberano celeste. Al rey único sobre la tierra, corresponde el Dios único en el cielo, el Único, el *Nomos*, el *Logos regio*". Un Dios, un rey, un imperio. Muchos cristianos lo interpretaron como la realización de la *Parousia*, la instauración de reino mesiánico de Cristo en el mundo, pero las consecuencias de esta sumisión de la Iglesia al emperador se hicieron sentir muy pronto.

Cuando Constantino murió tras un largo reinado, en el 337, su cuerpo fue enterrado en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla en medio de doce cenotafios que representaban las tumbas de los doce apóstoles. Antes de ser enterrado, durante los muchos días que su cuerpo estuvo expuesto a la veneración del pueblo, obispos, soldados, pueblo cristiano y pagano no tuvieron reparo alguno en postrarse ante él con el acto de la *proskinesis*, o genuflexión, vieja fórmula de culto imperial por cuyo rechazo muchos cristianos habían sufrido el martirio. La ciudad donde fue sepultado, Constantinopla, había sido fundada por el emperador para hacer de ella la nueva capital, una capital cristiana de un Imperio cristiano frente a la Roma pagana. Constantinopla será a partir de ahora el principal escenario de la vida política del Imperio, pero también de los constantes enfrentamientos entre el poder político y el poder eclesiástico. Constantino inició el proceso de hacer del cristianismo la religión privilegiada del Imperio. Medio siglo después, Teodosio I culminó éste convirtiéndolo en religión oficial. El Estado con todo su poder se encargaba de garantizar la recta fe, poniendo fuera de la ley o ejecutando a los disidentes. La justificación era sencilla: la esfera de lo espiritual no es ajena al poder político porque no hay diferencia entre la ciudad terrenal y la celestial, pues sólo existe una sociedad, la cristiana. Pero si esta concepción pudo servir al poder político para poner a su servicio el poder eclesiástico y fundamentar su absolutismo monárquico con la teoría del Dios único, podía servir también a la autoridad eclesiástica para someter a su servicio al poder político.

En estas circunstancias el choque entre ambos poderes no se hizo esperar, hasta el punto de que se ha podido escribir "que la protección tan fácilmente onerosa del Estado fue para la Iglesia una prueba aún más temible que su hostilidad" (J. Zeiller). Donde primero se puso de relieve esta carga fue en asuntos dogmáticos. El consenso que se había alcanzado en Nicea en el tema arriano fue un acuerdo político, que fue posible por el enorme peso de la autoridad de Constantino y por la euforia en que vivían en ese momento los obispos orientales recién liberados de la opresión de Licinio. Pero pronto volvieron a reaparecer las diferencias dogmáticas. Constantino, con su gran tacto político, supo limar los enfrentamientos pero ello no le impidió tener que desterrar al obispo de Alejandría, Atanasio, que se constituyó en líder de la corriente más intransigente frente a Arrio.

A la muerte de Constantino se produjo la división del Imperio entre sus hijos y este equilibrio y contrapeso de poderes sirvió para apaciguar las consecuencias políticas de la cuestión arriana. Pero el 352 quedó como único emperador su hijo Constancio II y la situación experimentó un cambio radical.

Constancio, al igual que sus hermanos, había sido educado en la fe cristiana. Una vez en el poder intentó llevar a sus máximas consecuencias la política religiosa de su padre tratando de cristianizar todas las instituciones y haciendo de su fe el principal móvil de su acción de gobierno. Pero para realizar su objetivo se encontró con el gran obstáculo de las divisiones creadas por la cuestión arriana. Educado en un arrianismo moderado cuyo principal exponente había sido el obispo de la corte, Eusebio de Nicomedia, quiso imponer esta concepción por todos los medios. Pero de nuevo se encontró con la intransigencia de Atanasio de Alejandría, que atrajo a otros obispos a su causa, en especial a los occidentales, que muy poco entendían de las discusiones teológicas en que estaban inmersos los obispos orientales. Constancio consumió sus esfuerzos en imponer por la fuerza una concepción teológica. Se suceden los concilios, las coacciones y los destierros: los seis exilios que sufrió Atanasio son sólo una muestra de la enorme agitación que vive la Iglesia en esta época, que provoca odios y pasiones insuperables donde a los argumentos dogmáticos se mezclan intereses económicos, enemistades personales y luchas por el poder. La confusión es enorme. Tanto Atanasio y sus partidarios, como sus enemigos, se creen en el derecho de apelar al emperador dado del carácter sagrado de la monarquía imperial. La consecuencia fue que nunca bajo los emperadores paganos tantos obispos habían sufrido tantas persecuciones y exilios como con el cristiano Constancio.

Pero bajo las disputas teológicas la Iglesia continúa un proceso de consolidación como gran poder económico y social. Integrada plenamente en las estructuras políticas del poder no encuentra obstáculo para aceptar todos los aspectos de la realidad política y social del Imperio. El poder imperial se hace más despótico que nunca y las leyes penales inspiradas por la Iglesia alcanzan una dureza desconocida. La Iglesia se enriquece y se convierte en gran propietaria de tierras y bienes de todo tipo y los obispos alcanzan una influencia social comparable a la de los altos funcionarios civiles. Las grandes desigualdades sociales se tratan de encubrir mediante prácticas de beneficencia y asistencia social que continúan la vieja costumbre romana de la *ever-*

guesia por la que los ricos, a falta de un sistema fiscal mínimamente ecuánime, eran obligados a gastar parte de sus bienes en favor de la comunidad. Frente a un paganismo que ahora que sólo es defendido por aristócratas romanos añorantes del antiguo régimen y de retores y filósofos que siguen aferrados a la vieja cultura, las mentes más clarividentes y los temperamentos más activos se adhieren a la nueva religión. Las personalidades más eminentes del siglo IV son cristianas y acceden al episcopado, que es el cargo que proporciona más poder e influencia. Atanasio de Alejandría, Basilio de Cesarea, Ambrosio de Milán, Juan Crisóstomo, Agustín de Hipona son grandes pensadores y hombres de acción que simbolizan una época en que se produce la fusión entre la cultura clásica griega, el poder político romano y la religión cristiana.

El 361 sucedió a Constancio el emperador Juliano que había renegado de la formación cristiana de su juventud y se había librado milagrosamente de las venganzas y matanzas de la corte constantiniana que había acabado con toda su familia. Juliano quiso acabar con lo que había significado en el aspecto político y religioso el reinado de Constantino y de sus hijos y volver al estado de cosas anterior, haciendo que la religión pagana tradicional inspirase de nuevo la vida política del Imperio. Su utópica empresa acabó con su muerte prematura el 363. Los emperadores militares de origen ilirio que le suceden, especialmente Valentiniano I, tratan de desentenderse de los asuntos dogmáticos, llevados de la amarga experiencia de Constancio, aunque su hermano Valente se vio de nuevo sumido en las disputas teológicas. El 379 subió al poder en Oriente el hispano Teodosio, decidido partidario de la fe nicena. Aprovechándose de la debilidad de los emperadores occidentales impone de nuevo una política unitaria en materia religiosa, que encontró el apoyo de los principales líderes eclesiásticos. Pero Teodosio intentó llevar también hasta sus últimas consecuencias la unión del trono y el altar, en un momento en que muchos líderes religiosos eran conscientes ya de su poder y de su influencia social. La misma teología que servía para fundamentar el absolutismo monárquico podía utilizarse por los obispos para poner a los emperadores a sus pies.

Fue el obispo de Milán, San Ambrosio, antiguo gobernador al servicio del emperador, quien mejor supo explotar estas posibilidades. "Si se leen las Escrituras se advierte que son los obispos quienes juzgan a los emperadores" había escrito al joven emperador Valentiniano II, y trató de aplicar el principio de modo sistemático. Primero

había sido al débil Graciano, criado y educado como un monje, al que manejó sin obstáculos dictándole su política. Después a su hijo Valentiniano II. Pero con Teodosio encontró una dura oposición. Teodosio, cristiano ferviente, era al propio tiempo celoso defensor de sus prerrogativas imperiales y Ambrosio no perdió ocasión de humillar al poder civil. Los enfrentamientos entre ambos fueron constantes y alcanzaron su punto álgido en el 390. A raíz de una ley promulgada este año castigando con la pena de muerte los vicios *contra natura*, ley inspirada en la doctrina cristiana, un alto jefe militar, Buterico, hizo encarcelar en Tesalónica a un famoso cocheo del circo, acusado de homosexualidad. El pueblo reaccionó a favor del cocheo y linchó a Buterico. Teodosio actuó duramente y se produjo una masacre popular en el circo. Aunque Teodosio revocó la orden, ésta llegó demasiado tarde: habían muerto tres mil personas. Teodosio se encontraba en Milán y Ambrosio, al tener noticia de lo sucedido, dictó la excomunión del emperador. Este intentó por todos los medios mantener su independencia, pero hubo de ceder. Tras hacer penitencia como un pecador público, despojado de su vestimenta imperial, en la Navidad del 390 se postró ante Ambrosio delante de los fieles y obtuvo el perdón. La escena es un fiel reflejo del poder que la Iglesia podía proporcionar. Si Ambrosio, como gobernador de provincia, había estado sometido al emperador, como obispo podía poner al emperador a sus pies.

Ambrosio triunfó pero la lucha entre ambos poderes estaba desencadenada y cualquiera de ellos podía triunfar. Pocos años después, en Constantinopla, otro obispo, San Juan Crisóstomo, sería la víctima de las intrigas de la corte apoyada por otros obispos. En el 398 había sido traído desde Antioquía y consagrado obispo de Constantinopla a la fuerza por orden de Arcadio, hijo de Teodosio. Pronto su predicación mordaz contra los vicios de la corte encontró fuertes rechazos. La emperatriz Eudoxia, principal víctima de sus censuras, con el apoyo de otros obispos y en especial de Teófilo de Alejandría, logró su deposición (404) enviándolo desterrado a la fría y remota Armenia donde moriría tres años después víctima del abandono, el frío y la enfermedad. En esta ocasión el poder político impuso sus intereses al religioso.

Tanto Ambrosio como Juan Crisóstomo, al igual que otros muchos obispos, fueron conscientes del peligro que representaba la dependencia de un poder político despótico. Ambrosio triunfó, Juan Crisóstomo fracasó. El destino de ambos representa el origen de dos

historias diversas. La dislocación del Imperio en Occidente en el siglo V permitió a la iglesia latina desenvolverse con más libertad, sin la tutela de los emperadores, e hizo posible que el obispo de Roma impusiese la supremacía en todo el Occidente. El vacío del poder político fue llenado por la Iglesia que se presentó como la verdadera continuadora del poder imperial. Incluso el ceremonial de la corte imperial continuó en la corte papal y pasó a enriquecer la liturgia eclesiástica. En Oriente, donde perduró por un milenio el poder imperial, los obispos no lograron liberarse de la tutela del emperador y éste pudo imponer sin trabas lo que se ha llamado "cesaropapismo".